

DEDICATORIAS

Ernesto Sánchez Villares

LUIS S. GRANJEL*

Cuando alguien que ha sido parte importante de nuestra vida, un familiar, un amigo, nos abandona con la radicalidad que impone la muerte, algo también muere en nosotros, y esa ausencia se llena de recuerdos, los que creíamos perdidos cuando el vacío no existía, y como somos diferentes en cada una de nuestras relaciones humanas, los recuerdos que retornan son, en cada uno, distintos.

Cuando escribo esto asisto, en mi mundo personal, al reencuentro de sucesos compartidos, en el correr de ya muchos años, con Ernesto Sánchez Villares. No voy a componer su retrato, a dibujar el perfil de su rica personalidad profesional y científica; otros, con mayor autoridad, estoy seguro han de hacerlo. Quiero recordar «mi» Ernesto Sánchez Villares, al brillante escolar universitario con el que trabé amistad en el otoño de 1939.

Distintos fueron los caminos que la profesión nos obligó a recorrer; Ernesto Sánchez Villares, el de una especialidad médica en la que se reveló como maestro indiscutible en su cátedra y clínico al que deben su vida multitud de niños, mis propios hijos entre ellos.

El alejamiento no afectó a una hermandad que asimismo compartimos con otra excepcional figura de la escuela

médica salmantina, el profesor José del Castillo Nicolau. En el acto de concesión del doctorado «Honoris Causa» de Castillo Nicolau tornamos a encontrarnos por última vez; Sánchez Villares prestó su voz para hacer audible el discurso de agradecimiento de Castillo Nicolau, a quien una grave dolencia le privaba de la palabra; yo tuve la satisfacción íntima de hacer su «laudatio».

Sólo dos episodios de nuestra vida quiero ahora recordar, callando muchos que también retornan a mi memoria. En el mes de junio de 1955, Sánchez Villares fue el amigo que estuvo a mi lado en el trance, definitivo para un universitario, de acceder a la cátedra. Años más tarde, mi conocimiento del paisaje urbano de Santiago de Compostela me ofreció pretexto para acompañarle en su viaje desde Salamanca a la capital gallega para tomar posesión de su cátedra de Pediatría.

Aunque separados físicamente, con distancia acortada desde su afincamiento definitivo en Valladolid, no por ello se debilitó nuestra convivencia; seguimos compartiendo afanes, triunfos y desilusiones. Ya preso por la enfermedad que le llevaría a la muerte, Ernesto Sánchez Villares quiso participar, ahora por voz interpuesta de un amigo común, en un homenaje del que era yo protagonista.

* Prof. Emérito de Historia de la Medicina. Universidad de Salamanca.
La Gaceta Regional. Salamanca.

Desde aquella fecha, aún no hace un año, le he seguido, con crecida angustia, con dolor y desesperanza, en la serena aceptación de lo que su destino le imponía.

Este recuerdo que le debía a Ernesto Sánchez Villares se lo ofrezco a Merche, a sus hijos y a cuantos han tenido la fortuna de contar con su saber y su amistad.